

Lección 5: Para el 29 de abril de 2017

VIVIR PARA DIOS



Sábado 22 de abril

LEE PARA EL ESTUDIO DE ESTA SEMANA: 1 Pedro 3:8-12; Gálatas 2:20; 1 Pedro 4:1, 2; Romanos 6:1-11; 1 Pedro 4:3-11; 2 Samuel 11:4.

PARA MEMORIZAR:

“Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal” (1 Ped. 3:12).

LOS ESCRITORES DE LA BIBLIA CONOCÍAN la realidad de la pecaminosidad humana. ¿Cómo no conocerla? El mundo apesta a pecaminosidad. Además, conocían la suya propia (ver 1 Tim. 1:15). También sabían cuán grave era; después de todo, solo bastaba con ver lo que era necesario que sucediese (la muerte de Jesucristo en la Cruz) para que se resolviera el problema del pecado. Así de profunda y extensa es la realidad del pecado.

No obstante, los escritores de la Biblia también eran muy conscientes del poder de Cristo para cambiar nuestra vida y hacernos nuevas personas en él.

Esta semana, Pedro sigue esa misma línea de pensamiento: la clase de vida nueva que los cristianos tendrán en Cristo después de haberse entregado a él y ser bautizados. De hecho, el cambio será tan grande que otras personas lo notarán. Pedro no dice que este cambio será siempre fácil; es más, el apóstol habla de la necesidad de sufrir en la carne (1 Ped. 4:1) a fin de obtener la victoria que se nos promete.

Pedro continúa con una temática que impregna la Biblia entera: la realidad del amor, en la vida de un creyente en Jesús. “El amor”, escribe, “cubrirá multitud de pecados” (1 Ped. 4:8). Cuando amamos, cuando perdonamos, estamos reflejando lo que Jesús ha hecho y sigue haciendo por nosotros.

SER “DE UN MISMO SENTIR”

Lee 1 Pedro 3:8 al 12. ¿Qué está enfatizando Pedro aquí sobre el modo en que deberían vivir los cristianos? ¿Ya había escrito algo acerca de esto en 1 Pedro 2:20 y 21? ¿Qué es lo que repite?

Pedro comienza diciendo que todos deben ser “de un mismo sentir” (*homophrones*). No está hablando acerca de uniformidad, en el sentido de que todos deban pensar, hacer y creer *exactamente* del mismo modo. El mejor ejemplo de esta idea se encuentra en 1 Corintios 12:1 al 26, donde Pablo señala que, así como el cuerpo está formado por partes, tales como las manos y los ojos, pero aun así tiene una unidad intrínseca, así también la iglesia está formada por individuos con diferentes dones espirituales. Sin embargo, aun con estas diferencias, tienen una unidad de propósito y espíritu pues obran juntos a fin de formar una comunidad unida.

Por supuesto, una unidad así no siempre es tan fácil, tal como lo ha mostrado la historia de la iglesia cristiana de modo tan amplio (y triste). Pero, inmediatamente después de esta amonestación, Pedro indica a sus lectores cómo pueden revelar y expresar este ideal cristiano.

Por ejemplo, los cristianos deberían actuar con simpatía (1 Ped. 3:8). Simpatía significa que cuando un cristiano sufre los otros cristianos sufrirán con él; cuando otro cristiano se regocija, otros se regocijarán con él (compara con 1 Cor. 12:26). La simpatía nos permite ver desde la perspectiva de los demás, un paso importante en el camino a la unidad. Luego, Pedro dice que deberíamos amarnos unos a otros con “amor fraternal” (1 Ped. 3:8, *NVI*). Jesús mismo afirmó que el modo en que se puede reconocer a sus verdaderos discípulos es porque se aman los unos a los otros (Juan 13:35). Además, Pedro dice que los cristianos tendrán un corazón compasivo (1 Ped. 3:8). Tendrán compasión por las dificultades y los sentimientos de los demás.

“Crucificad el yo, considerad a los demás como más excelentes que vosotros mismos; y así realizaréis la unión con Cristo. Ante el universo celestial, ante la iglesia y el mundo, daréis la prueba indiscutible de que sois hijos de Dios. Dios será glorificado por el ejemplo que deis” (TI 9:151).

¿Cuán a menudo hacemos lo que Pedro dice aquí, especialmente la parte que dice: “No devolviendo mal por mal” (1 Ped. 3:9)? ¿Qué clase de muerte al yo debemos experimentar a fin de seguir estas palabras? ¿Cómo podemos tener esa clase de muerte? (Ver Gál. 2:20.)

SUFRIR EN LA CARNE

Sí, Jesús murió por nuestros pecados, y nuestra esperanza de salvación se halla solamente en él y en su justicia, que nos cubre y nos hace ser considerados justos a los ojos de Dios. Gracias a Jesús, “eres aceptado delante de Dios como si jamás hubieses pecado” (CC 94).

Pero la gracia de Dios no termina solo con un pronunciamiento, una declaración de que nuestros pecados son perdonados. Dios también nos da el poder para vencer nuestros pecados.

Lee 1 Pedro 3:18 y 21; y 4:1 y 2; y Romanos 6:1 al 11. ¿Qué relación hay entre el sufrimiento y la victoria sobre el pecado?

Hay una pequeña palabra griega utilizada en 1 Pedro 3:18 que enfatiza la naturaleza de plenitud del sacrificio de Jesús. Es la palabra *hápax*, que significa “una vez y para siempre”. Pedro utiliza *hápax* para enfatizar la plenitud de los sufrimientos y la muerte de Jesús por nosotros.

La frase “puesto que”, en 1 Pedro 4:1, enlaza 1 Pedro 4:1 y 2 con lo que se acaba de expresar en 1 Pedro 3:18 al 22. En estos versículos anteriores, Pedro señala que Cristo sufrió por nuestros pecados a fin de que pudiera acercarnos a Dios (1 Ped. 3:18), y que “el bautismo que corresponde a esto ahora nos salva” (1 Ped. 3:21).

El bautismo, entonces, es quizás el mejor contexto para entender las siguientes palabras de Pedro: “pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado” (1 Ped. 4:1). Por medio del bautismo, el cristiano participa del sufrimiento, la muerte y la resurrección de Jesús; el cristiano ha tomado una decisión de “no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios” (1 Ped. 4:2). Esto se puede lograr solamente por medio de la entrega diaria del yo al Señor y la crucifixión de “la carne con sus pasiones y deseos” (Gál. 5:24).

En Romanos 6:1 al 11, Pablo dice que, en el bautismo, los cristianos se unen a Jesús en su muerte y su resurrección. En el bautismo, hemos muerto al pecado. Ahora debemos hacer que esa muerte al pecado sea real en nuestra vida. Las palabras de Pablo proveen el secreto de la vida cristiana: “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom. 6:11).

¿Cuándo fue la última vez que tuviste que “padecer en la carne”, a fin de luchar contra el pecado? ¿Qué te dice tu respuesta acerca de tu vida cristiana?

NACIDOS DE NUEVO

En Cristo tenemos una nueva vida, un nuevo comienzo. Nacemos de nuevo. Lo significativo de esto, especialmente para aquellos que aceptaron a Cristo después de la niñez, es que ahora vivirán de manera diferente de como lo hicieron antes. ¿Quién no ha oído algunas historias increíbles de aquellos que, habiendo estado en el mundo, experimentaron una transformación radical por causa de Jesús y su gracia salvadora?

De hecho, después de hablar acerca de la muerte al yo y de la nueva vida que tenemos en Jesús (habiendo sido bautizados en su muerte y su resurrección), Pedro luego habla acerca de la clase de cambios que experimentaremos.

Lee 1 Pedro 4:3 al 6. ¿Qué cambios ocurrirán en la vida de una persona y de qué modo responderán los demás a esos cambios?

Pedro utiliza términos que se relacionan con el abuso del alcohol: “desenfreno” (NVI), “embriagueces”, “borracheras” (NVI), “glotonerías” (RVR 2000) y “parrandas” (NVI). Para decirlo en términos modernos, se terminaron los días de juerga. De hecho, según Pedro, el cambio que experimenta un cristiano debería ser lo suficientemente grande como para que a aquellos que conocían al cristiano en su vida pasada les parezca “cosa extraña” que el cristiano ya no participe en actividades libertinas (1 Ped. 4:4). Así, podemos ver aquí una oportunidad de testificar a los incrédulos sin tener que predicar. Una vida cristiana piadosa puede ser un mejor testimonio que todos los sermones del mundo.

En estos textos, ¿qué dice Pedro acerca del Juicio?

Aquí, como en otros lugares de la Biblia (Juan 5:29; 2 Cor. 5:10; Heb. 9:27), Pedro deja en claro que un día habrá un juicio para las obras hechas “en la carne” (1 Ped. 4:2). Cuando Pedro habla acerca de que “ha sido predicado el evangelio a los muertos” (1 Ped. 4:6), se está refiriendo a que, aun en el pasado, las personas que ahora están muertas tuvieron oportunidad, mientras vivían, de conocer la gracia salvadora de Dios. Así, Dios también puede juzgarlos con justicia.

Como creyente en Cristo, ¿cuán diferente vives ahora de lo que lo hacías cuando no creías en él? ¿Qué diferencia ha hecho Jesús en tu vida?

PECADOS DE LA CARNE

Al mencionar las cosas malas que habían hecho las personas en el pasado, y que las habían dejado de hacer luego de volverse creyentes en Jesús, Pedro también incluye lo que podríamos llamar “pecados sexuales”.

Lee 1 Pedro 4:3 nuevamente. ¿Qué más menciona Pedro aquí?

En este texto, hay dos palabras que tienen una connotación sexual distintiva: “lascivias” (*aselgia*, que significa “sensualidad”) y “concupiscencias” (*epithumia*, que significa “lujuria” o “deseo”).

Sí, es demasiado fácil que los cristianos den una mala impresión acerca de la sexualidad. La Biblia no está en contra del sexo. Al contrario, Dios creó el sexo y dio la sexualidad a la humanidad para que fuera una gran bendición. La sexualidad estaba allí en el Edén, desde el principio: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne. Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban” (Gén. 2:24, 25). Había de ser uno de los ingredientes clave que uniría a un esposo y una esposa en un compromiso de toda la vida, que forma el mejor contexto para criar hijos. Y esta cercanía e intimidad sería un reflejo de lo que Dios busca tener con su pueblo, también (ver Jer. 3; Eze. 16; Ose. 1-3).

En su lugar correcto, entre un hombre y una mujer unidos en matrimonio, la sexualidad es una profunda bendición; en el lugar equivocado, en el contexto equivocado, puede ser una de las fuerzas más destructivas del mundo. Las *consecuencias* devastadoras, aquí y ahora, de estos pecados, van más allá de la imaginación humana. ¿Quién de nosotros no conoce vidas arruinadas por causa del abuso de este maravilloso don?

¿Qué tienen en común los siguientes textos? 2 Sam. 11:4; 1 Cor. 5:1; Gén. 19:5; 1 Cor. 10:8.

Por supuesto, no necesitamos recurrir a la Biblia para conocer historias de dolor y sufrimiento que han causado estos pecados.

Sin embargo, también debemos ser cuidadosos. Ciertamente, los pecados de esta naturaleza pueden tener poderosos efectos negativos sobre las personas, y la sociedad tiende a desaprobarnos. Pero el pecado es pecado, y la muerte de Cristo cubre los pecados sexuales, también. Como cristiano, debes ser cuidadoso, especialmente en este tema delicado, para asegurarte de sacar “primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja que está en el ojo de tu hermano” (Luc. 6:42).

EL AMOR LO CUBRE TODO

Aun en el tiempo de Pedro, los cristianos vivían con la expectativa del pronto regreso de Jesús y el fin del mundo presente. Sabemos esto porque en 1 Pedro 4:7 escribió: “Mas el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración”. En otras palabras, estén listos para el fin. En un sentido muy real, también, el “fin”, en cuanto concierne a cada uno de nosotros, nunca está más allá de un instante después de morir. Cerramos nuestros ojos al morir y, ya sea que pasen miles de años o solo unos pocos días, lo siguiente que sabremos es el fin del mundo y Jesús viniendo por segunda vez.

Según Pedro, dado que “el fin de todas las cosas se acerca”, ¿cómo deberían vivir los cristianos? Ver 1 Ped. 4:7-11.

Además de ser sobrios y velar en oración, los cristianos han de tener “entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados” (1 Ped. 4:8).

¿Qué significa eso? ¿De qué manera el amor cubre el pecado? Una clave se halla en el texto que está citando Pedro, Proverbios 10:12: “El odio despierta rencillas; pero el amor cubrirá todas las faltas”. Cuando nos amamos unos a otros, podemos perdonar más rápido y más fácil a aquellos que nos hieren o nos ofenden. El amor de Cristo lo lleva a perdonarnos; nuestro amor debería llevarnos a perdonar a otros. Donde abunda el amor, las pequeñas ofensas, e incluso algunas más grandes, son pasadas por alto con mayor facilidad y olvidadas.

Pedro, ciertamente, estaba expresando la misma idea que Jesús y Pablo, que dicen que toda la Ley se resume en la obligación de amar a Dios de todo corazón y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Mat. 22:34-39; Rom. 13:8-10).

Pedro también insta a los cristianos a ser hospitalarios. La Segunda Venida puede estar cerca, pero los cristianos no deberían retraerse de las relaciones sociales por causa de eso. Por último, cuando los cristianos hablan, deben hacerlo como aquellos que están hablando las palabras de Dios. Es decir, la gravedad de la época requiere una comunicación seria sobre verdades espirituales.

“El amor cubrirá multitud de pecados”. ¿Quién ha pecado contra ti? ¿De qué manera puedes vivir y manifestar el amor necesario a fin de “cubrir” ese pecado? ¿Por qué el hacerlo es para tu propio bien?

PARA ESTUDIAR Y MEDITAR: “El amor longánimo y bondadoso no transformará una indiscreción en una ofensa imperdonable, ni tampoco magnificará los errores ajenos. Las Escrituras enseñan claramente que a los que yerran se los ha de tratar con tolerancia y consideración. Si se sigue la debida conducta, el corazón aparentemente endurecido puede ser ganado para Cristo. El amor de Jesús cubre una multitud de pecados. Su gracia no induce nunca a exponer los errores de otros, a menos que ello sea positivamente necesario” (*CM* 254). Piensa, por ejemplo, en Jesús y la mujer sorprendida en adulterio (Juan 8:1-11). Generalmente, es considerada una historia de la gracia de Cristo para con una mujer caída, y eso es verdad. Sin embargo, también hay otro elemento profundo. Al confrontar a los líderes religiosos que la habían traído a él, ¿por qué escribió Jesús “los secretos culpables de su propia vida” (*DTG* 425) en el polvo, donde las palabras podían borrarse instantáneamente? ¿Por qué no los acusó abiertamente, declarando delante de todos lo que él sabía sobre los pecados de ellos, que podrían haber sido tan malos o peores que los de esa mujer? Más bien, Jesús les mostró que él conocía su hipocresía y su maldad, y que, no obstante, no la iba a exponer ante otros. Quizás este haya sido el modo de Jesús de acercarse a esos hombres, mostrándoles que conocía sus propósitos y dándoles así una oportunidad de salvarse. Qué lección maravillosa para nosotros cuando tenemos que confrontar a aquellos que han pecado.

PREGUNTAS PARA DIALOGAR

1. Reflexiona más sobre la cuestión de la unidad en contraposición a la uniformidad. ¿Existen algunas áreas en las que necesitamos estar en completa unidad de pensamiento a fin de funcionar como iglesia? Si es así, ¿cuáles son, y de qué forma podemos lograr esta uniformidad necesaria? En contraste, ¿cuáles son algunas áreas en las que una diversidad de opinión no es dañina sino, de hecho, podría ser de ayuda?

2. ¿Cuál ha sido tu propia experiencia con el concepto de la necesidad de “sufrir en la carne” para dejar de pecar? ¿Qué significa eso? Tener en nuestra vida el poder de Dios para cambiarnos ¿significa automáticamente que ya no sufriremos en la carne a fin de obtener la victoria? Si no es así, ¿por qué no?

3. Observa a tu alrededor la devastación que el alcohol ha producido en tantas vidas. ¿Qué podemos hacer como iglesia para ayudar a otros a ver el peligro de esta droga? ¿Qué podemos hacer para mantener a nuestros jóvenes conscientes del gran error que sería siquiera experimentar con una sustancia que puede hacerles tanto daño?